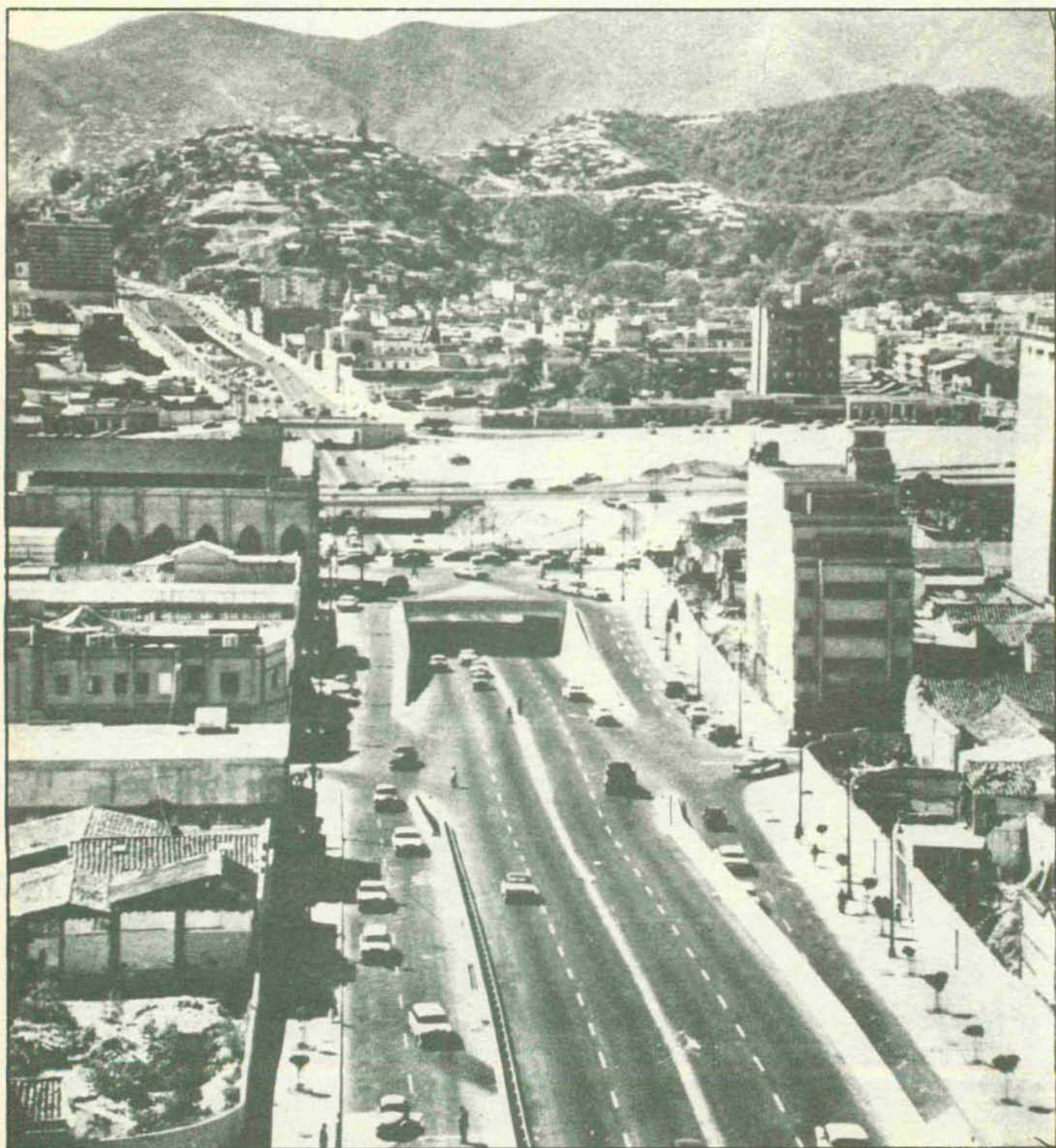


# Venezuela en los recuerdos del exilio

Carlos Sampelayo



Parte de la ciudad caraqueña, otro de los refugios de la diáspora republicana española. Así estaba cuando la «descubrimos». Al fondo se ve el monte llamado «el Calvario», quizá por el fuerte contraste que ofrecían sus chabolas («ranchitos»), con la riqueza de la burguesía.

**L**os dictadores suelen dejar a los países sin comer, pero asfaltan carreteras. Así ocurrió con el nefasto mandato de Pérez Jiménez en Venezuela, el dictadorcito que luego fue a la cárcel para responder de sus descomunales riquezas.

Ha sido el signo de las dictaduras del siglo. Hambre y asfalto. La Italia de Mussolini también tenía buenas carreteras por las que transitaban cómodamente los mendigos hara-

pietos. La España de Primo de Rivera también. Recuerdo los *entrefilets* continuos del «Heraldo»: «Gobernar no es asfaltar».

Hitler quiso hacer asimismo algunas autopistas, pero no le dio tiempo. Detentó el poder menos años que Pérez Jiménez, quien no tuvo necesidad de patrones europeos, si no era para seguir una nueva «ética» de la tiranía: Robar pero construir.

Sus viejos patrones, los de



Simón Bolívar, santo y seña de los venezolanos, de cuyos labios nunca desaparece su nombre y sus hazañas independentistas.



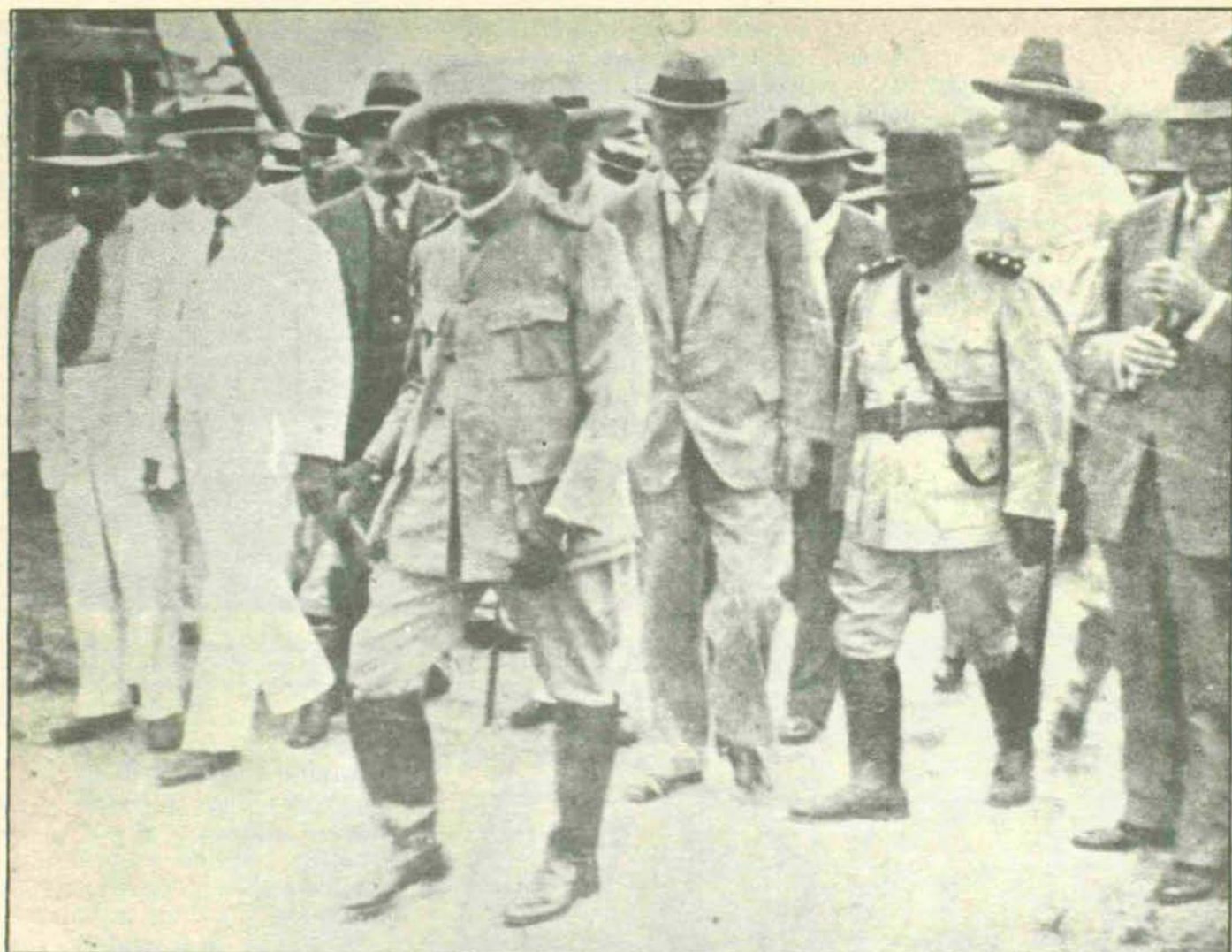
Cipriano Castro (Capacho, 1858 - Puerto Rico, 1924). Presidente de los Estados Unidos de Venezuela de 1899 a 1908, en que fue suplantado en la primera magistratura de la Nación por su vicepresidente, Juan Vicente Gómez.

Cipriano Castro —30 años— y Juan Vicente Gómez —29 años— todavía son posibles en muchos países americanos. Viejos estilos, pero no pasados de moda y modos políticos.

Aquellos ni carreteras hacían. Eran tan machos que no se molestaban en disimular una prosperidad externa.

Cipriano Castro hasta le declaró la guerra al Kaiser. Congregó a unos soldados en la plaza Bolívar, y leyó un bando en que desafiaba al emperador de Alemania, que no se debió enterar.

De aquel dictador se contaban verdaderos episodios de película «cantinflera». Como cuando se produjo un fuego en los bajos del palacio de Miraflores, residencia presidencial aún en la actualidad. Castro, que estaba en su despacho del piso alto, en la imposibilidad de huir de las llamas por la escalera, abrió un paraguas a guisa de paracaídas y se arrojó con él por el balcón al espacio. Naturalmente, se rompió una



Juan Vicente Gómez, el «Benemérito», dictador de Venezuela durante veintisiete años, hasta su muerte en 1935. (En la fotografía, en primer término, Gómez; detrás, el presidente de la República, Dr. Juan Bautista Pérez, y a su lado Eloy Tarazona, hombre de confianza del «Benemérito», en Maracay, en 1930).

pierna, que era lo menos que se podía romper.

Juan Vicente Gómez, llamado «sotto voce» Juan «Bisonte» fue uno de los más crueles del «mapa-mundi». Colgaba a los presos políticos por las partes llamadas decentemente púndas, merced a un aparato especial inventado por él y sus hermanos. Algunos de los políticos liberados por la pre-democracia sucesoria sufrían una distensión monstruosa en el aparato genital. Aquella autóctona tortura se mantenía en cada preso de diez a veinte minutos, según las penas o la confesión que se trataba de obtener. El presidio caraqueño de «La Rotonda» tenía una historia siniestra. Fue derribado más tarde por el general López Contreras, durante su



El teatro Municipal, el único de la Caracas de las dictaduras, todavía existente, pero entonces abandonado por la incuria artística del régimen.

presidencia, para borrar todo vestigio del tenebroso mandato. López Contreras, que había sido ministro de la Guerra con Gómez, no tuvo inconveniente en acoger a exiliados españoles, pero haciéndoles cambiar el pasaporte de la República por el franquista, y hasta en dejarles trabajar si con ello se mejoraba la técnica y la cultura del país. Yo con-

feccioné su periódico diario «Crítica»; pero me echó a la calle cuando encabecé la primera página con el título: «Ayer fue asesinado el presidente de la Generalidad de Cataluña». Sin embargo, para los reaccionarios pasó a la posteridad como el «General Pen-dejo».

Juan «Bisonte», otro de los que sirvieron de modelo a Va-

lle-Inclán para su admirable «Tirano Banderas», era de una ignorancia inefable. Con motivo de una ceremonia en que el embajador de España le impuso la cruz de Isabel la Católica, al despedirse de él le dijo:

—Estoy muy agradecido, señor embajador... Le ruego que salude usted en mi nombre a doña Isabelita...

Vivió siempre en Maracay, una bella y alegre ciudad a 130 kilómetros de Caracas, donde creía encontrarse más seguro. Tenía más de cien hijos naturales, a los que ni siquiera conocía en su mayor parte. En su charla con el arzobispo, que llegó a reconvenirle porque no se casaba por la ley de la Iglesia con la dama de turno, el tirano le respondió:

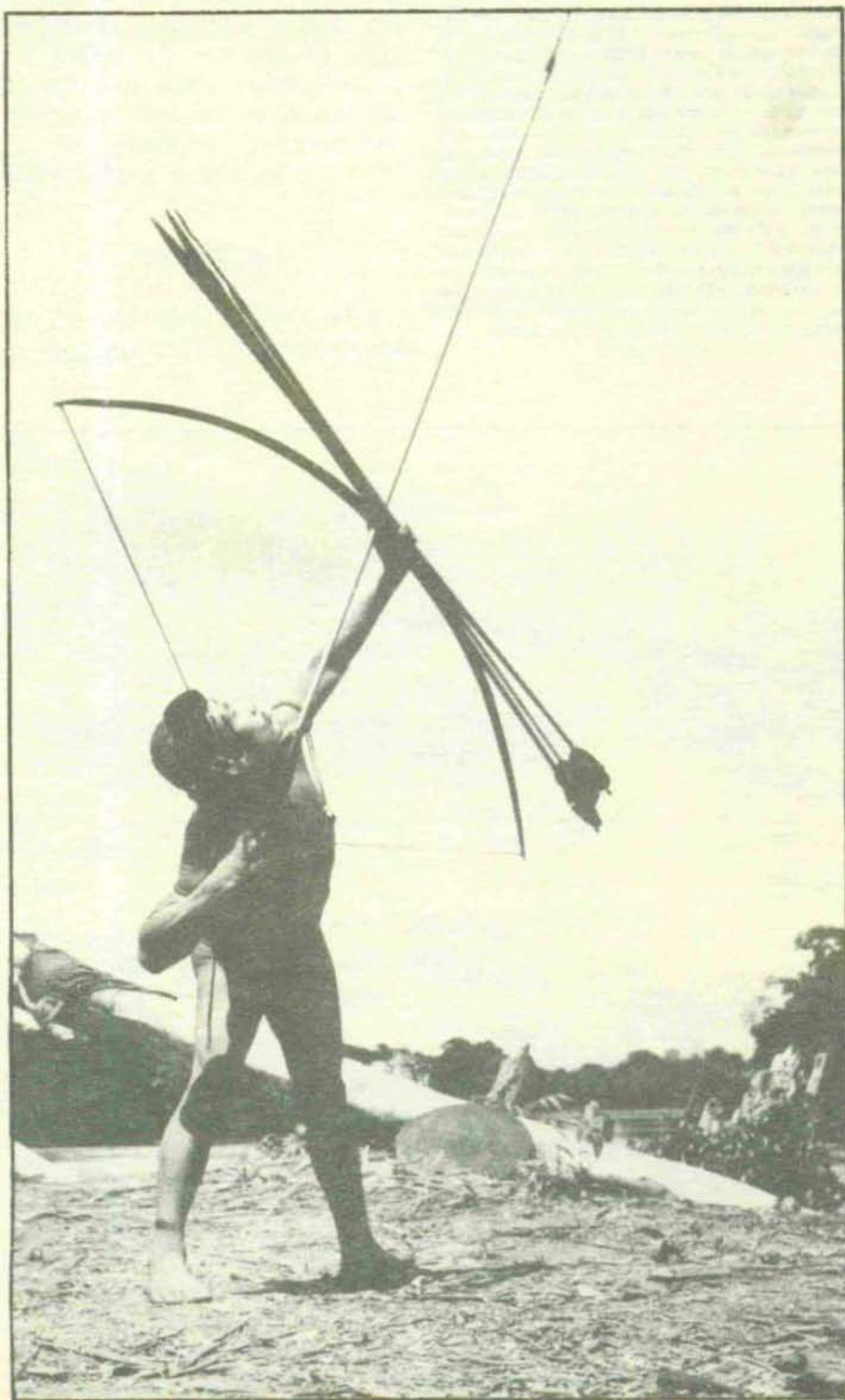
—Aquí los únicos que no nos casamos somos Su Exce-lencia y yo.

A la clase obrera la tenía aterrada desde que fue a visitarlo un comité de ocho trabajadores para pedirle que les dejara constituir un sindicato. Los ocho entraron en el palacio... pero no volvieron a salir.

El fallecimiento del dictador permaneció en secreto durante tres días, temerosos los hombres del Gobierno de que se produjeran disturbios. Pero cuando no tuvo más remedio que hacerse público, sólo hubo que lamentar el saqueo de dos o tres tiendas de comestibles en Caracas.

¡Muy distinta aquella Venezuela! No había rascacielos. Sus calles cobijaban todavía esas viejas casas señoriales que por fueran eran lisos muros enigmáticos y por dentro salones, estancias y patios de ensueño, que recordaban una Córdoba y una Sevilla estilizadas por la ostentosa emulación de la colonia. Ventanas con celosías y rejas hasta el suelo, cancelos, arriates. Todo muy limpio, muy brillante. Y dentro... «whisky».

Encontramos al venezolano atento, dulce, a veces exquisito. Había estudiado en Europa y conocía los Estados Unidos a



Guerrero Guayca del interior del país.

través de los dos barcos semanales que hacían el viaje de La Guayra a Nueva York sin escalas.

Encontramos al venezolano civilizado, elegante, mundano, cosmopolita. Y muy deportivo. «Base-ball» y atletismo. Apenas había fútbol. Un contraste muy violento entre la miseria y la opulencia.

Desorbitadas las cosas, podía decirse que otras de las que habían crecido en Venezuela era la afición al toreo. Se intensificó por el auge y la propagación después, de la dinastía Girón. Sin embargo no había en Caracas nada más que la vieja plaza denominada paradójicamente Nuevo Circo, con los palcos a nivel de las barreras, plaza grata y señorial, donde se oía a las gentes una corriente expresión jamás oída



Juan Vicente Gómez (San Antonio del Táchira, 1854-Maracay, 1935). Hombre fuerte de Venezuela desde 1908 hasta su muerte, el mismo día y mes que Bolívar, de 1935. Gobernó despóticamente Venezuela, delegando la presidencia, que no el poder, en diferentes presidentes títeres: —Marquez Bustillos, Juan Bautista Pérez— para dar una apariencia de constitucionalidad al país. Bajo su mandato se hicieron las primeras exploraciones petrolíferas en Venezuela y de alguna manera su personalidad marcó a la nación durante un cuarto de siglo para desgracia de los venezolanos, que lo llamaban «El Bagre» (pez de la América ecuatorial que posee en la aleta dorsal un robusto aguijón, usado por los nativos como arma).

en ninguna otra plaza del mundo, cuando el torero tiene una tarde mala:

—¡Ojalá te coja el toro...!

La población de Caracas tenía entonces 250.000 habitantes. Una delicia. Sus necesidades docentes convergían en la tradicional «alma mater» de la vieja Universidad Central, fundada en 1725 por edicto del rey Felipe V, bello edificio de estilo neo-gótico, en cuyas aulas daban brillantes conferencias profesores de todos los países, entre ellos nuestro Jiménez de Asúa. Los más grandes hombres de Venezuela habían salido de esa universidad.

## La riqueza

Claro que Venezuela era entonces como ahora un país ri-



El petróleo afloró durante años como única riqueza sobre la superficie venezolana y fue la codicia de los dictadores al servicio del imperialismo extranjero.

co, pero la riqueza no era toda del país, y la que lo era estaba repartida en unas cuantas familias. De ahí la violencia del contraste antedicho. Como toda la riqueza de América del Sur, la mitad pertenecía a América del Norte. Las petroleras norteamericanas de Venezuela llegaban en su coba al país hasta construir templos en los pueblos de trabajadores como Lagunillas —sobre el lago maracucho— donde después de un gran incendio que lo asoló por completo, renació a la vida dinámica del entorno agringado.

Históricamente, Venezuela fue siempre una nación rica, por la estabilidad de su sistema monetario. El cambio se mantenía constantemente con regularidad prestigiando el bolívar, la moneda nacional que recordaba la apariencia de las de dos pesetas españolas de la época alfonsina, y el «fuerte», moneda de cinco bolívares, asimismo de plata pura, un poco más grande que aquel antiguo y «sabroso» duro español.

El Banco Central de Venezuela, fundado en 1940 poseía una reserva de 1.590 millones de bolívares. El desarrollo industrial comenzaba a ser tan intenso como el cultural. La expansión de los créditos comenzaba también a ser más amplia que en ningún otro país de la América Latina. No todos tienen un lago «de oro» como el de Maracaibo.

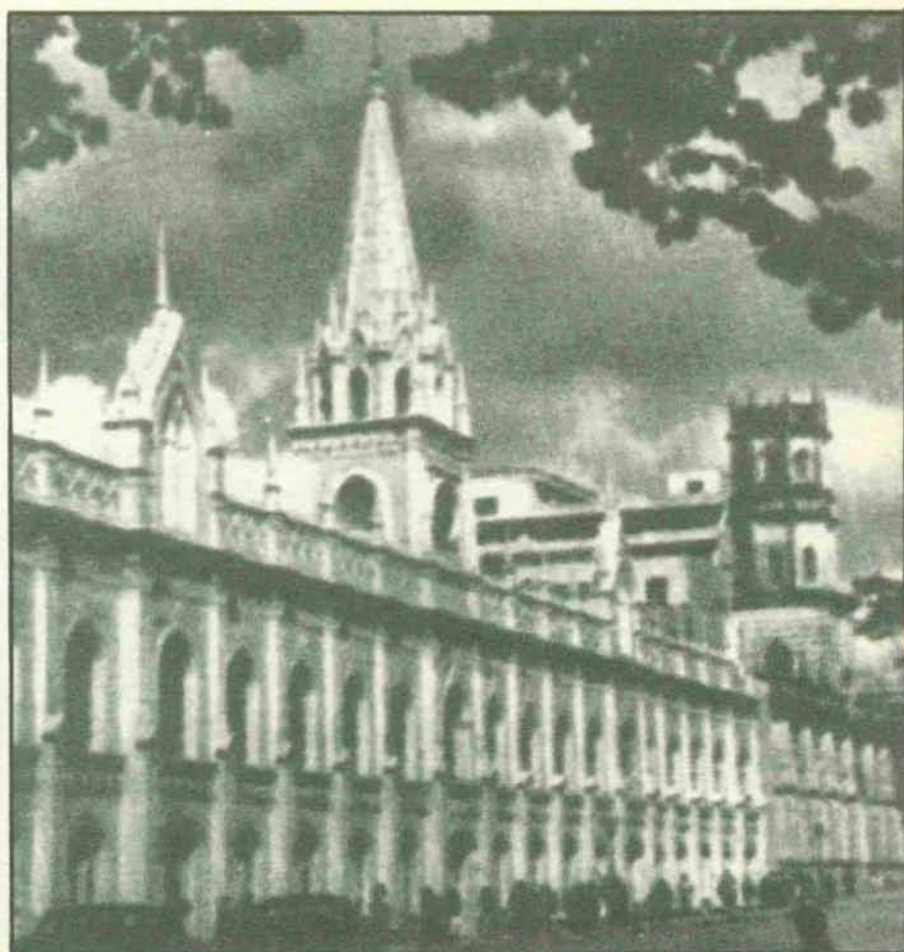
### Los hombres y sus obras

Los dictadores a veces hasta tienen suerte. La dictadura del coronel Pérez Jiménez fue insolente en la fortuna. El primer «boom» del petróleo coincidió con el primer año de aquel régimen. En 1953, la producción de oro negro que rendía únicamente 95 millones de toneladas, ascendió a 146 en 1957.

En 1956 y 1957, el coronel, adiposo, mofletudo, cruel y



Vista parcial de un complejo de edificios en la avenida Bolívar de Caracas, en construcción cuando llegaron los primeros exiliados españoles.



La vieja Universidad de Caracas, donde nuestro Jiménez de Asúa dio lecciones que aún se recuerdan.

chaparro —también— como un mojón de carretera, negación del más elemental sentido al sojuzgar a un pueblo como el venezolano durante diez años —menos mal—, concedió nuevas prebendas a las compañías petroleras por una suma de mil millones de dólares.

Cuando el dictador desembarcó en Miami, después de la revolución del 23 de enero de 1958, sostuvo un breve diálogo con los reporteros que le esperaban en el aeropuerto:

—No se preocupen por mí —declaró—. He *economizado* 200 millones...

—¿De bolívares?

—¡No, hombre! De dólares —respondió el derrocado.

El gobierno de Betancourt tuvo a su cargo enjugar las deudas financieras producidas por la corrupción del régimen de Pérez Jiménez. Eran muy grandes. El dictador había construido menos de lo que había robado, signo también



Andrés Eloy Blanco (dibujo de Granados Valdés).

de casi todos los gobiernos de la América Latina, cuyos países dan para todo, y los partidarios del «vivan las caenas» dicen:

—Que roben todo lo que quieran, pero que hagan algo.

Se refieren a los dictadores, claro.

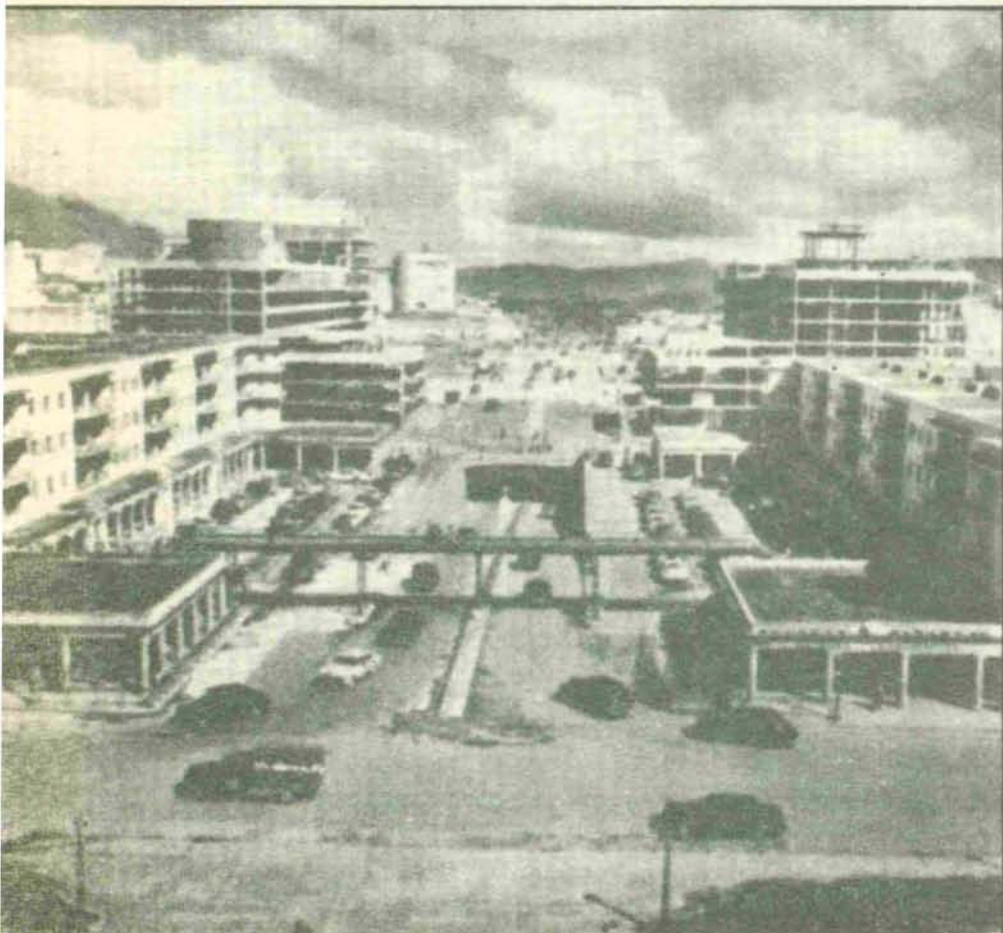
Las multinacionales, para conseguir contratos de trabajos públicos sabían que convenía ofrecerles confortables comisiones a los favoritos del caudillo y a ciertos grandes funcionarios, como en todas las dictaduras. La corrupción sólo se puede denunciar después.

### La «obra» de Pérez Jiménez

Toda una clase de nuevos ricos estaba interesada en sostener la dictadura. Hoteles suntuosos, fincas inmensas, teleféricos sobre montañas inaccesibles, avenidas largas y plazas anchas; Pérez Jiménez no escapaba a esa enfermedad infantil de los dictadores de todas las latitudes que quieren a toda prisa perpetuarse en la piedra y en el mármol.

El gobierno que tomó el poder después acabó un plan de irrigación que se hallaba en proyecto. Industrias esenciales como la siderurgia y la petroquímica se desarrollaron después. «Sembrar el petróleo», era una expresión que habían puesto de moda en 1947 los dirigentes del partido de Acción Democrática de Rómulo Betancourt, quienes sembraron entonces para recoger poco y mal. El propio régimen los reconoció después evidentemente:

—Es verdad —dijo Betancourt— que Venezuela es uno de los países latino-americanos que disponen de más importantes recursos vitales y de mejor potencial económico. Pero los dictadores nos han legado muchos problemas. Los mismos, más o menos, que los de otros países de América del Sur: una población que crece a un ritmo excesivo, una mala distribución de la propiedad agraria, un desarrollo industrial insuficiente, un mercado interior muy débil, una concurrencia demográfica excesiva en las ciudades en detri-



La avenida Bolívar, en construcción durante los años cuarenta. Posteriormente se levantaron dos altas torres que son hoy como el símbolo de la Caracas moderna.

mento del campo, anormalmente despoblado.

Problemas de todos los países que han sufrido dictaduras, diríamos mejor. Mas en lo que se refería a Venezuela era un fenómeno propio la concentración urbana. Un venezolano de cada cuatro vivía en la zona de Caracas; el 80 por 100 de la población estaba concentrado entre la costa y la región montañosa. Las ciudades de Maracaibo, Barquisimeto, Valencia y Maracay, no pasaban entre las cuatro de un millón de habitantes. La desproporción era escandalosa y nefasta.



Carlos Delgado Chabaud (1910-1950). Militar y político de brillante historial profesional fue miembro significativo de la Junta Revolucionaria que en 1945 tomó el poder, desplazando al presidente Gallegos. Ministro de Guerra y Marina y, posteriormente, de Defensa, ocupó provisionalmente la presidencia de la República en 1948, siendo desde noviembre de ese mismo año presidente de la Junta Militar de Gobierno, muriendo asesinado en circunstancias aún no esclarecidas.



Andrés Eloy Blanco, en su casa de Cuernavaca (1954) con don Rómulo Gallegos y el poeta cubano Nicolás Guillén.

Era incontrovertible que aunque la máquina económica fuera brillante, en algunos años había producido inquietudes. Desde 1959, las cifras de negocios de empresas principales estaban en baja. Los «bulldozers», las excavaciones gigantes, todo el material enviado de los Estados Unidos en los últimos años de la dictadura perezjimenista, había desaparecido.

En cuanto a las obras en las regiones del interior, quedaban entonces por hacer, sobre todo la Barra de Maracaibo.

La canalización de la Barra de Maracaibo agregaba un 85 por ciento al área utilizable del lago para la navegación ultramarina. Con ella, todo el Estado del Zulia, y los de Táchira, Mérida y Trujillo —cuya población en conjunto pasaba de un millón y medio de habitantes— recibirían los beneficios.

### El amigo de Jiménez

Con el dragado del río Orinoco, la primera arteria fluvial de Venezuela y entonces la quinta del mundo, se hizo posible la navegación trasatlántica hasta 128 kilómetros dentro

del territorio del país. En esta forma, los embarques de hierro se hacían directamente en los mismos barcos que debían llevarlo a Europa y los EE.UU.

Quedaron muchas obras importantes por hacer una vez tranquilizado el país. Con las patrullas militares en constante vigilancia, el nuevo gobierno podía hacer poco. La burguesía veía ahora en la solución liberal la regeneración del país y no parecía intentar ya las tutelas militares. El haber acabado su mandato Rómulo Betancourt hacía esperarlo así. Antes, los mandatos no se acababan en la fecha constitucional, como en el caso del otro Rómulo, Gallegos, el gran novelista lleno de buenas intenciones para con su pueblo, a quien derribó al poco tiempo de subir al poder por vía legal, el refinado Delgado Chabaud, ex alumno de St. Cyr.

En noviembre del 48, Delgado Chabaud salió de escena. Un general retirado y dos jóvenes oficiales lo secuestraron, lo llevaron a un bosque y lo mataron ametrallándolo. Tres días después asesinaron al asesino, como en el caso Kennedy. A la viuda de Chabaud la



mandaron a *Europa con una pensión*. Fue entonces cuando se produjo la irresistible ascensión de Jiménez quedando de patrón de Venezuela.

No tardó en ser el hombre de empresa de una gran compañía petrolífera. Pensando que la libertad y la democracia no eran artículos de exportación, Jiménez garantizó a la compañía el «fifty-fifty» con el Departamento de Estado, donde tenía un amigo de ocasión para que «el velo no pudiera ser descornado» en ningún momento.

El que sostenía ese velo del petróleo era un hombre de más de treinta años que parecía sacado de un dibujo del Perich. Pequeño, gordo, untuoso, lleno de medallas, de galones, de narices. Poseía por

cuenta del Gobierno un «Mercedes-Sprint», con el que volaba por la carretera de La Guayra a 200 por hora constantemente, para trasladarse a las playas de Macuto donde se daba la gran vida.

Hay que reconocerle a Pérez Jiménez que no era hipócrita y que decía lo que pensaba con sinceridad:

—Presidente, ¿qué piensa usted del sistema electoral? —le preguntó un día un enviado del «Time».

—No puedo estar conforme —respondió— con que mi voto valga lo mismo que el de un pobre analfabeto.

—¿Qué clase de Gobierno es el suyo?

—Yo hago todos los esfuerzos por dar a Venezuela el gobierno que se merece. Pura-

mente dictatorial. Sólo un niño puede pensar en la democracia.

—¿Y la libertad de Prensa?

—Yo no digo a los periodistas lo que deben escribir. Simplemente prohíbo escribir sin mi permiso, y lo que creo que es nocivo para el país.

En efecto, al periodista Oscar Yáñez le amenazaron de muerte solo por haber escrito una crónica teatral en la que decía que en «Caracas la gente se reía (entonces) menos que antes».

### Las elecciones de las dictaduras

Las cárceles volvieron a estar llenas de presos políticos como en la época de Gómez.



Los «scalectrics» de la ciudad de Caracas, visión de futuro engendrada en los años cuarenta, que transformaron la ciudad al par que se transformaba la política gobernante de dictadura en democracia.

Siempre había promesas de amnistía, pero las detenciones continuaban.

El «Escarpia» era Pedro Estrada, jefe de la Seguridad Nacional, que arrancaba confesiones a los prisioneros, recurriendo a los antiguos sistemas.

Al principio de 1952, surgió una actitud política de Jiménez; convocó para fin de año unas elecciones generales para darle a su dictadura apariencia de legalidad. Fuera de la ley el partido de los trabajadores, se ofrecieron al Gobierno un partido católico y la Unión Democrática Republicana del abogado Jovito Villalba, un hombre muy inteligente, desterrado de

Gómez y después del «demócrata» López Contreras.

Pero esto no constituyó una preocupación para el señor Estrada: el partido del Gobierno tenía la mayoría plenamente asegurada.

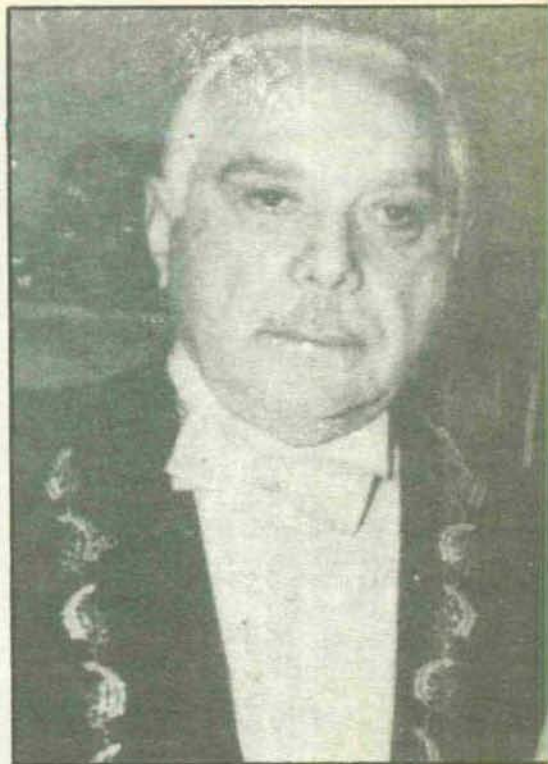
Se fue a las urnas el 2 de diciembre, y Jiménez reunió a sus colaboradores en el palacio de Miraflores para brindar por la victoria.

### Un recibimiento a Nixon

El venezolano siempre fue humorista. Lo fue hasta en sus épocas más amargas, por in-



Marcos Pérez Jiménez (Michelena, 1914). Perteneció a la Junta Militar que presidió Delgado Chalbaud, en 1948. Ministro de Defensa, posteriormente en diciembre de 1953 ocupó la presidencia de la República hasta enero de 1958 en que una revolución acabó con su dictadura. Posteriormente, el Gobierno democrático de Venezuela solicitó su extradición a los Estados Unidos, donde se había refugiado tras su derrocamiento. Recluido en la prisión de San Juan de los Morros, en abril de 1956 fue juzgado y puesto en libertad poco después.

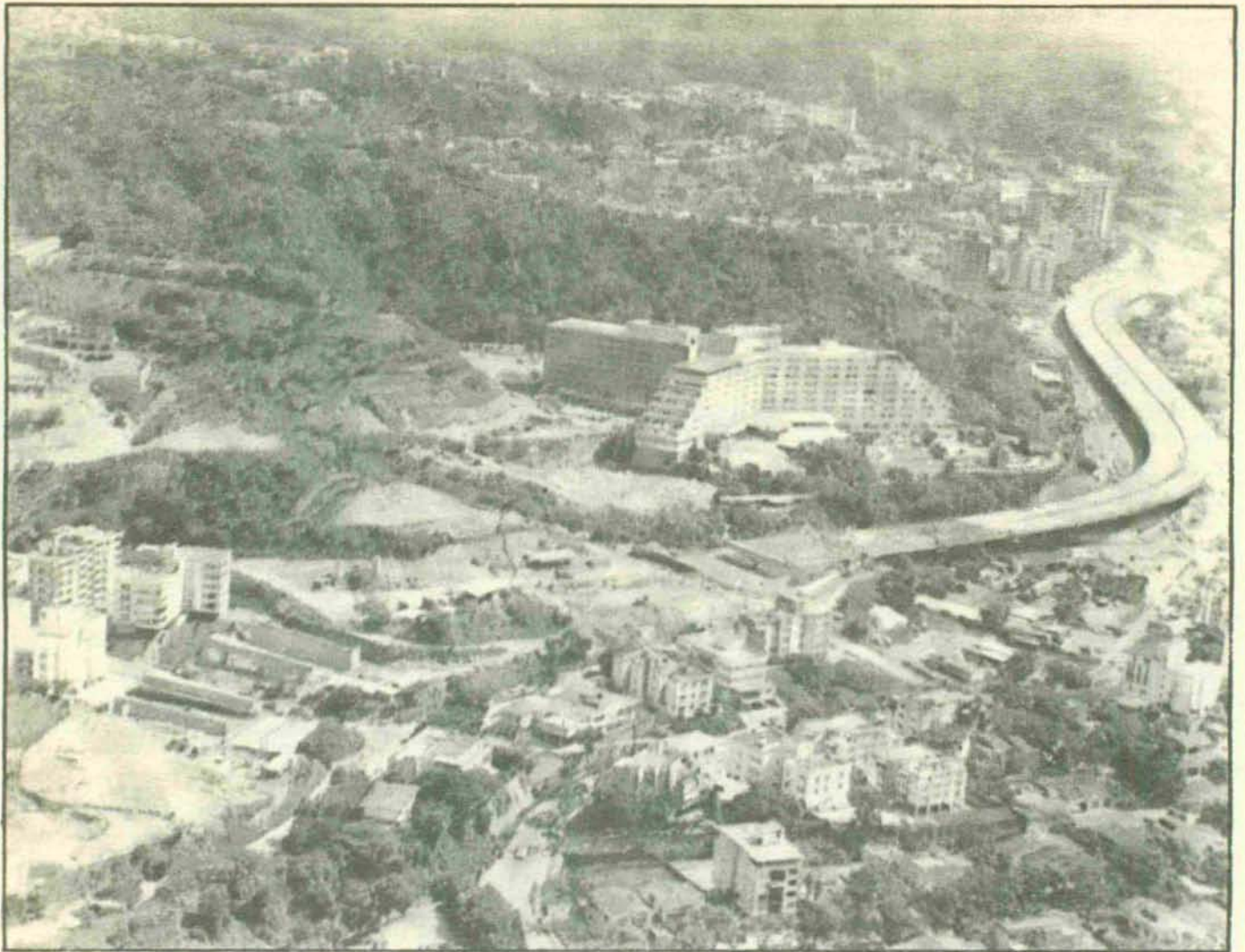


Rafael Leónidas Trujillo, el dictador de Santo Domingo, que enseñaba a su pueblo a odiar a los venezolanos.

fluencia de la raza negra, que constituía el 75 por ciento de la población. No tiene la tristeza del colombiano, porque en Colombia domina más el indio, que suele ser reconcentrado y serio.

Hasta a la violencia le da un tinte de humor el venezolano, como en el caso del secuestro del futbolista Di Stefano, o la repulsa a Nixon hace veintidós años. O el recibimiento hostil a John Kennedy, con pancartas en las que se leía: «Kennedy, no; Jacqueline, sí».

Nixon tuvo que entrar en Caracas con el coche al paso rodeado de soldados. Las que se denominan como las turbas llegaron hasta a desgarrarle el vestido a Pat, la mujer del visitante. Eran unas turbas que gritaban «¡Dictaduras, no!» refiriéndose entonces a los Estados Unidos. Era el pueblo que, seguramente, había sufrido ya, más que ningún otro, los caprichos de los dictadores. El grito era paradójico, pero aquel pueblo no entendió de sutilezas, y sabía que los EE.UU. habían tutelado siempre las dictaduras, a pesar de



Vista de Caracas desde el teleférico que la cruza hacia el monte Avila, hoy uno de los lugares turísticos más visitados de América.

su democracia, porque los dictadores son más sobornables. Entregaban el petróleo a las compañías norteamericanas en la forma que queda dicho a propósito de Pérez Jiménez. Y cuando algún presidente demócrata proclamaba la necesidad de nacionalizar el petróleo al estilo mexicano, no tardaba en producirse un golpe de Estado acaudillado por algún general o coronel. Como decía Obregón, el gobernante azteca:

—No hay general o coronel que resista un cañonazo de cincuenta mil dólares.

Y se refería a dólares de su época.

Estados Unidos se puso en pie de guerra para proteger al entonces vicepresidente Nixon. Era demasiado. Desde Guantánamo y desde Puerto Rico

los aviones se hallaban alineados y los barcos con las calderas encendidas. El humor venezolano estuvo a punto de ser bombardeado. El «¡Nixon, no!» de las pancartas pudo costar víctimas «sin ton ni-xon».

A los EE.UU. les convenía más la Caracas de Gómez.

### El poeta de la discriminación

Andrés Eloy Blanco era el poeta de «Los angelitos negros», el poeta de la discriminación. En Cumaná, a la orilla del mar vino al mundo el poeta, y fue convertida su casa en museo. Era el poeta más celebrado, el más popular y querido. También vio nacer Cumaná a José Antonio de Sucre, el mariscal de corazón de oro, muerto en una carretera como

cualquier salteador, héroe al que la mayor parte de las Repúblicas americanas le tienen dedicada una estatua.

Andrés Eloy Blanco murió en la ciudad de México, durante el exilio, a consecuencia de un estúpido accidente automovilístico. Venía de dar una conferencia en memoria de dos mártires de Pérez Jiménez, condecorado por los EE.UU. como héroe de la lucha anticomunista. Otro «centinela de Occidente».

El poeta de Cumaná era un combatiente de la democracia que había padecido prisión en la horrible «Rotonda» de Gómez, y tormento.

Era un bárbaro Gómez, compadre de su anterior Cipriano Castro, al que le arrebató el «trono» para sentarse en él durante cerca de seis lus-

tros. Castro iba a curarse a Europa, y Gómez le acompañó al puerto, le dio un abrazo de despedida, y aún no se había perdido la nave en el horizonte cuando consumó el cuartelazo.

Andrés Eloy era de la generación de Betancourt y de la mayoría de los de Acción Democrática. La muerte del poeta quizá le salvó de pasar a la oposición al ver que aquel correligionario se dedicó a perseguir a centenares de venezolanos luego.

Andrés Eloy Blanco era un poeta de mayorías. Vendía sus libros, y le oponían a Neruda y Vallejo. Sus versos se leían en las reuniones de sociedad. Era un poeta social. Lloraba por las gentes humildes, por los pobres, por los desamparados, mientras bebía el ron blanco de las tabernas o el «hig-ball» de las fiestas aristocráticas. No le gustaban los honores. No pensaba en la Academia.

### Las inmigraciones

Desde los años 40, españoles, italianos, alemanes, irrumpieron en Venezuela como a una tierra de promisión. Hubo que poner coto a los permisos de entrada al país para que la congestión de Caracas no llegara al estallido. Los extranjeros querían vivir todos en la capital, buscarse en ella el medio de vida y hacerse ricos cuanto antes. Algunos iban con la esperanza fabulosa de que les sucediera lo que a aquel italiano desembarcado en La Guayra en los años 30, llegado a Caracas sin dinero y convertido en millonario a las pocas horas.

Antes de entrar en el núcleo ciudadano pasó por el hipódromo. Había carreras. Se gastó hasta lo último que albergaba en el bolsillo en una entrada y una apuesta de quiniela a los cinco primeros lugares. Los acertó, los cobró, y se volvió para La Guayra, sin curiosidad ninguna por conocer ni la capital del país. Tomó el primer

barco y estaba de regreso en Roma 20 días después de haber salido de ella. Los amigos que le habían despedido en el viaje de ida se hacían cruces al pensar que en Venezuela se pudiera hacer rica la gente en tan poco tiempo, y se dieron a emigrar como locos, en verdaderas levas, tras aquel vellocino incomprendible que ninguno llegó a alcanzar.

A algunos gobernantes les dominaba el papanatismo ante el talento extranjero —el «malinchismo», dirían en México—. Como si el país no hubiera dado escritores y poetas de la talla de Rómulo Gallegos, Blanco-Fombona, Picón Salas, Andrés Eloy Blanco... Ese papanatismo lo inició también Gómez, como muchas cosas que siguieron su inercia en Venezuela. Hacía regalos de cincuenta mil bolívares como cifra

tope a bailarinas, toreros, poetas y escritores extranjeros... Se recordaban los siete faroles seguidos que Manuel Jiménez «Chicuelo» le dio a un toro de Guayabita en la plaza de Maracay presidiendo la corrida el general quien se entusiasmó de tal modo que le lanzó al ruedo el chequecito consabido de los cincuenta mil «bolos».

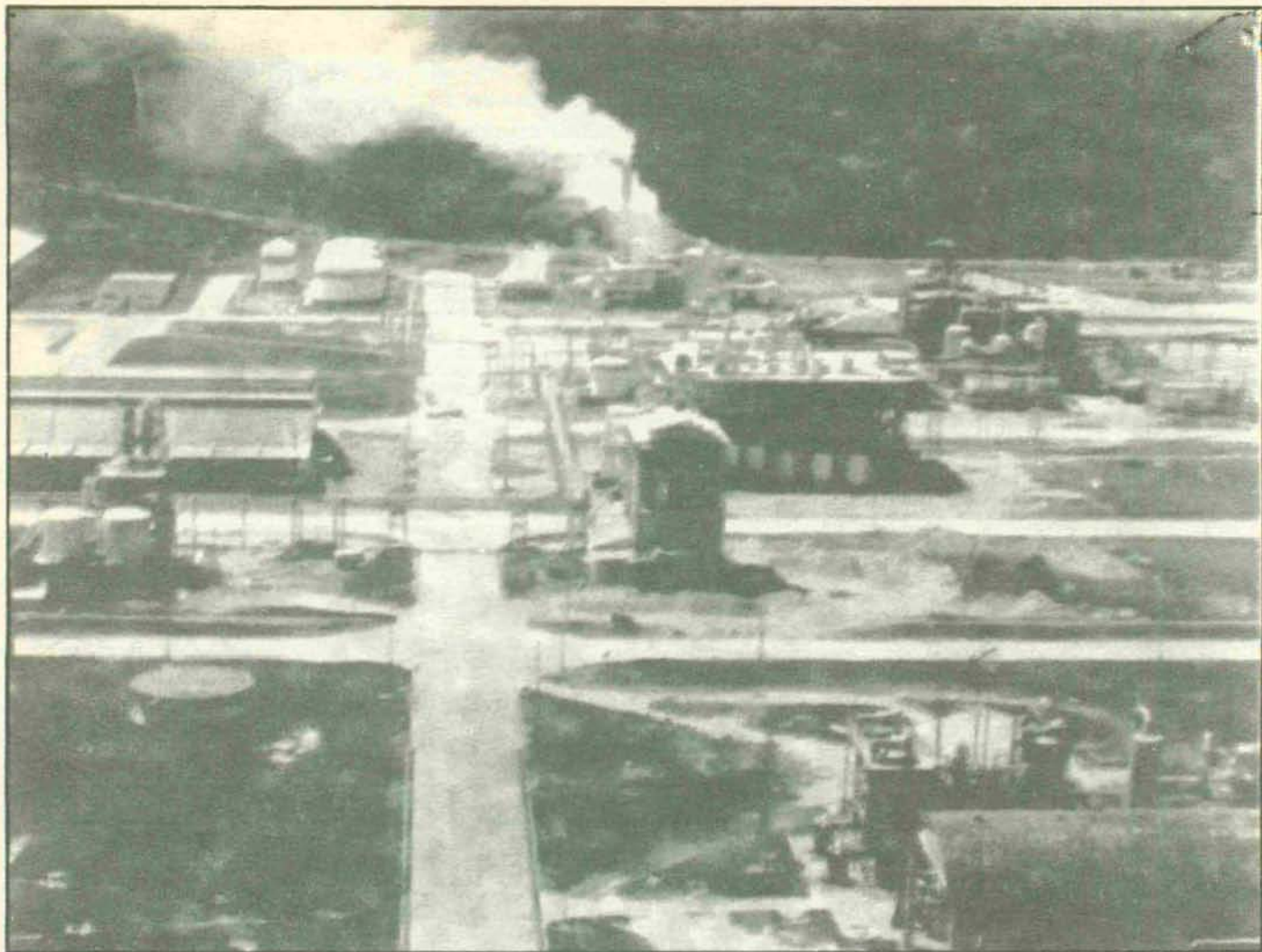
Al poeta Villaespesa le regaló la misma cantidad para que escribiera un drama versificado sobre el libertador Simón Bolívar. ¡Qué ironía la del tirano tratando de hacer la apología de un libertador!

Villaespesa hizo en efecto un drama en verso, muy malo, titulado «Bolívar», que nadie recuerda ya ni en Venezuela ni en España, donde fue estrenado sin pena ni gloria.

El culto de Bolívar en Venezuela llegaba a empalagar. El



El dictador Pérez Jiménez inaugurando una exposición de la Industria de la Construcción, una de las actividades habituales durante su mandato.



Comenzaron otras industrias y fundiciones en Venezuela, tras sacudirse el yugo de las dictaduras que duraron sesenta años.

bolivarismo era como una enfermedad incurable que pasaba de unas generaciones a otras en herencia biológica. El bolivarismo ligado al papanatismo determinó que el presidente López Contreras, sucesor de Gómez, llamara a Emil Ludwig para que hiciera una biografía de Simón Bolívar. El biógrafo alemán llegó a Venezuela recibido con todos los honores, se hospedó en el mejor hotel pagado por el Gobierno así como los viajes de ida y vuelta, pidió una crecida cantidad a cuenta por el encargo —creo que fueron también cincuenta mil bolívares—, se los dieron, se fue... y no hizo la biografía.

A Pérez Jiménez, rival político de Rómulo Gallegos, no le parecía que éste hubiera reflejado magistralmente en sus



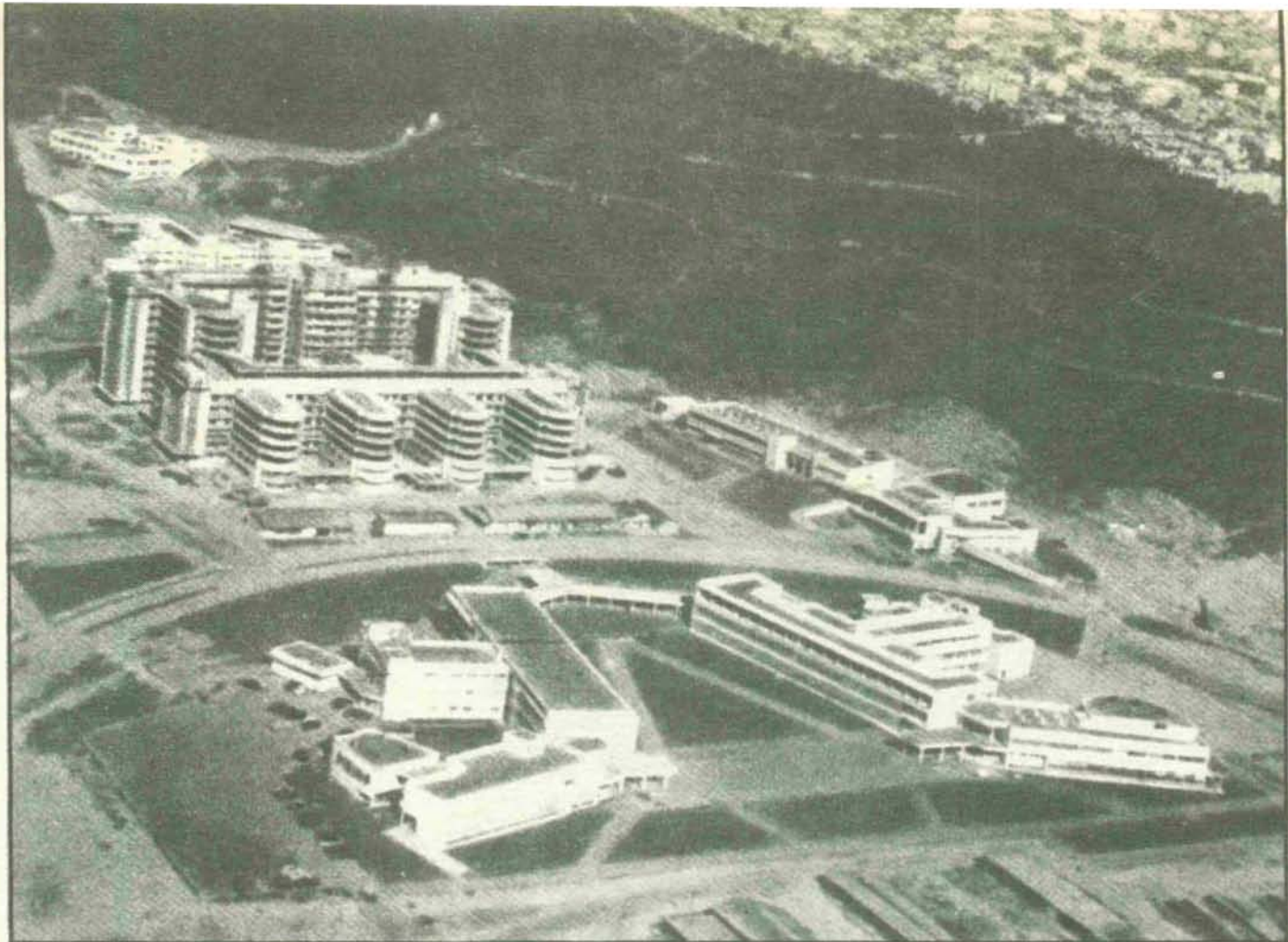
Rómulo Betancourt uno de los políticos más astutos y «clarividentes» de su tiempo, fallecido en septiembre de 1981, ocupó la presidencia de la República de diciembre de 1959 a marzo de 1964. En 1941 había fundado el partido de Acción Democrática, los populares «adecos», una de las columnas de la democracia venezolana.

novelas el alma venezolana, y llamó también a Camilo José Cela. Quería que le hiciera una novela simbólica del país, de sus costumbres, de sus gentes. Cela estuvo allí un tiempo escaso, y después hizo «La catira» (1), una novela falsa que no le ha gustado a ningún venezolano, una novela de encargo. Era natural. Ningún escritor, aunque sea Cela, puede comprender el alma de un país en una visita de turismo.

### La carretera panamericana

El campo era impresionante sobre todo recorrido en una camioneta por la llamada carretera panamericana que únicamente existía en teoría, ya

(1) *Mujer venezolana de pelo rubio.*



El hotel Avila, en la cumbre del monte del mismo nombre, dominando Caracas es hoy otro de los logros de la democracia.

que su trazado, al paso por Venezuela se deslizaba entre lechos de río seco o cornisas andinas que a veces desaparecían por los deslaves de las montañas en las grandes lluvias. De Bogotá a Caracas sólo habrá unos 1.400 kilómetros; pero el viaje por la «carretera» panamericana bien podía durar de diez a doce días. Tras San Antonio del Tachira, en la misma frontera con Colombia, tardamos muchos días en encontrar una población, hasta Valera, en el estado Trujillo.

El paisaje sobre el páramo era una alucinante ruta marcada por cactus todos del mismo tamaño y a la misma distancia unos de otros, que duró días y días. Por las noches se oía el jaguar, y se veían multiplicadas en la oscuridad las lucecitas vagas de los cocuyos.

El caminante —el «camionante», diríamos con mas propiedad— llegaba a un poblado, cuatro casas, y tenía que pernoctar en un barracón y dormir en un camastro con dos personas más. La cena la cons-



Raúl Leoni (1905-1972). Presidente de Venezuela, de marzo de 1964 a marzo de 1969. Era del partido de Acción Democrática.

Gran Colombia al granadino Giménez de Quesada.

El alemán había entrado por el Atlántico y el español por el Caribe. En el encuentro venció el español, que era evadido de presidio y pegó con más fuerza porque tenía mayor costumbre de jugarse la vida. Pero en el recorrido largo y penoso hasta llegar a las manos, los alemanes fueron sembrando el pelo rubio, produciendo «catires» por páramos, montes y llanos. Oro y caoba. ¡Qué linda alianza se formó a través de las razas! Del alemán al indio, del indio al criollo y al negro fue pasando ese pelo rubio cuyos vestigios aún se encontraban por los caminos de la joven Venecia, la Venezuela que bautizaron los soldados Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa cuando descubrieron las cabinas asentadas sobre las isletas del lago de Maracaibo.

En las escasas poblaciones de aquella pseudo-carretera Panamericana, encontraba el viajero hoteles donde le obligaban a ponerse el «paltó» (chaqueta) si había de comer en el comedor con los demás huéspedes, aún en ciudades como San Cristóbal, en que el puro calor tropical aprieta de firme. Le obligaban a ponerse el «paltó» aunque el comedor fuera un patio basto o especie de corral con suelo de guijarros y la camarera sirviera la mesa descalza de medias y zapatos, como debiera ser Maritornes.

—Dice la señora que se ponga el «paltó».

La señora era la dueña del hotel, por supuesto.

Es que en aquel venezolano encontramos un ciudadano muy protocolario, muy pagado de las buenas formas. En Caracas podía dar lección de buen vestir la sociedad. Por mucho calor que hiciera no se presentaba nadie en el bar o en el café en mangas de camisa o con las camisas flojas y rameadas que en España llamaban «mambos». El hombre de sociedad, el elegante, aun el



La cascada del «Salto del Angel». Uno de los atractivos naturales de Venezuela.

tituyó en distintas ocasiones una ración de cabrito a través de muchos kilómetros, en lo que podríamos llamar una geografía culinaria de los Andes.

Hacía calor en la carretera, en los caminos de distinto porte por donde avanzaba la camioneta entre canciones de los pasajeros. «Allá en el rancho grande», «Perfidia», «Farolito», iban monótonamente jalando la ruta, cantadas por los

niños del pasaje, o por alguna muchacha con vocación de prostituta que había tomado el vehículo junto a unas casas del camino para dirigirse a la Caracas deslumbrante y aventurera. Las negras de color de chocolate y pelo rubio sonreían al caminante asombrado por esa maravillosa mezcla que aportaron las huestes de Federmann, el alemán que trató de ganarle por la mano la historia de la

hombre medio, llevaba su traje blanco con guayabera cerrada al cuello por dos botoncitos de fantasía. No llevaba nada debajo, iba fresco y elegante.

## La poesía y el cine

En Venezuela había muchos abogados —doctores— y muchos poetas. Podría decirse que todo el mundo era poeta o doctor. Sobre todo poeta, ya que es más fácil, porque no hay que meterse en la cabeza textos intrincados. Sólo hay que soñar. La diferencia está en soñar bien o mal. Pero a veces sorprende la facilidad con que hacen versos buenos gentes de profesiones disimoladas o ajenas al sueño.

En el diario que yo confeccionaba en Caracas, una vez me dio un soneto el corrector,



Rafael Caldera (San Felipe, 1916). Presidente de Venezuela de marzo de 1969 a marzo de 1974. Es presidente del partido cristiano-demócrata «Copei» desde 1964.

para que se lo publicara, y estaba bien; otra vez me lo dio... el botones. Y estaba bien.

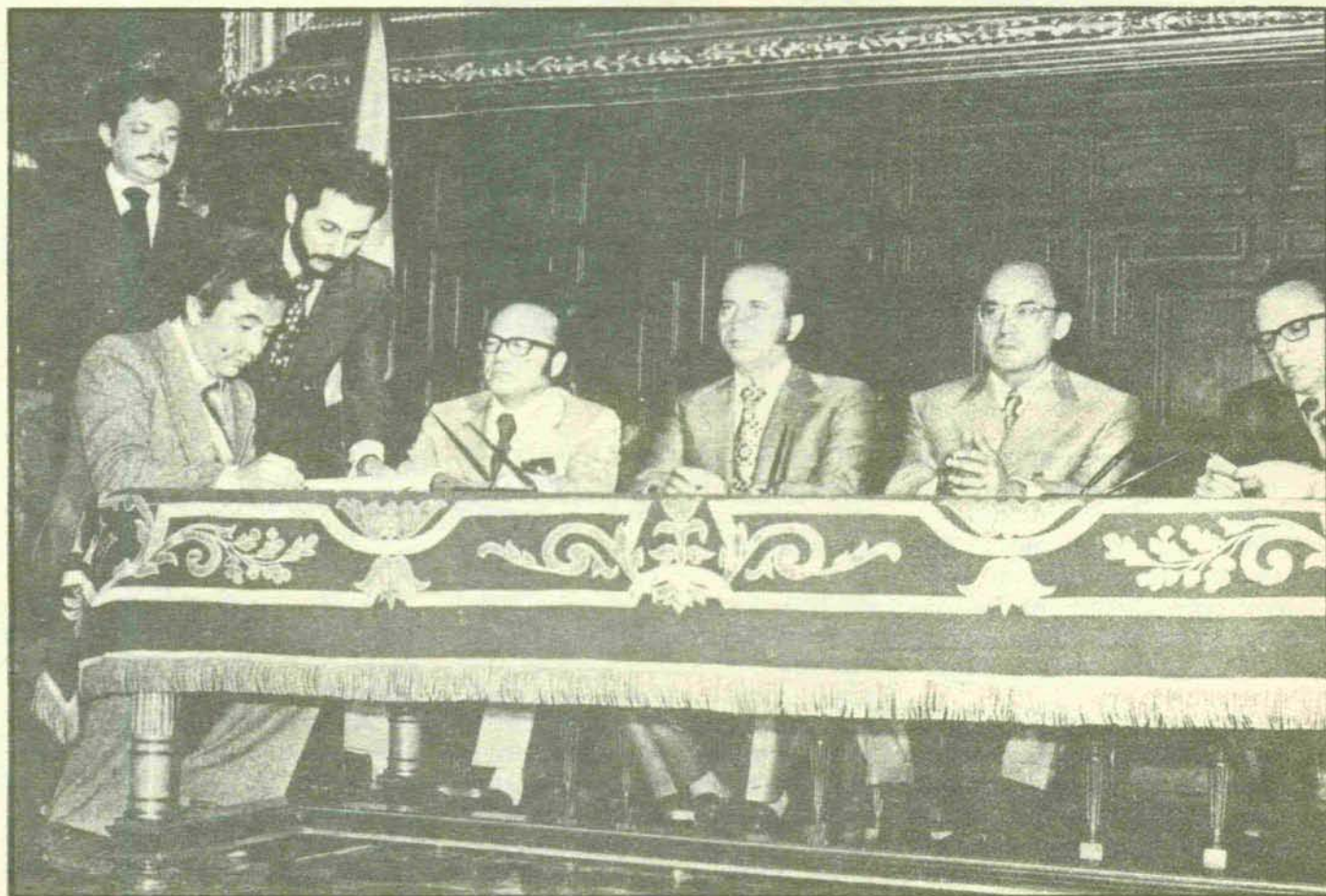
En mi periódico eran poetas el director y el redactor-jefe.

En todos los periódicos los directores eran poetas.

Se editaban muchos libros de poesía en el país. Ediciones de 300 ejemplares que se regalaban a los amigos y no salían de Venezuela sino por azar. Todos eran buenos. Algunos magníficos. Han sido versos que se han perdido en un rincón del mundo, que no han llegado a las antologías, a donde han llegado y siguen llegando tantos versos malos.

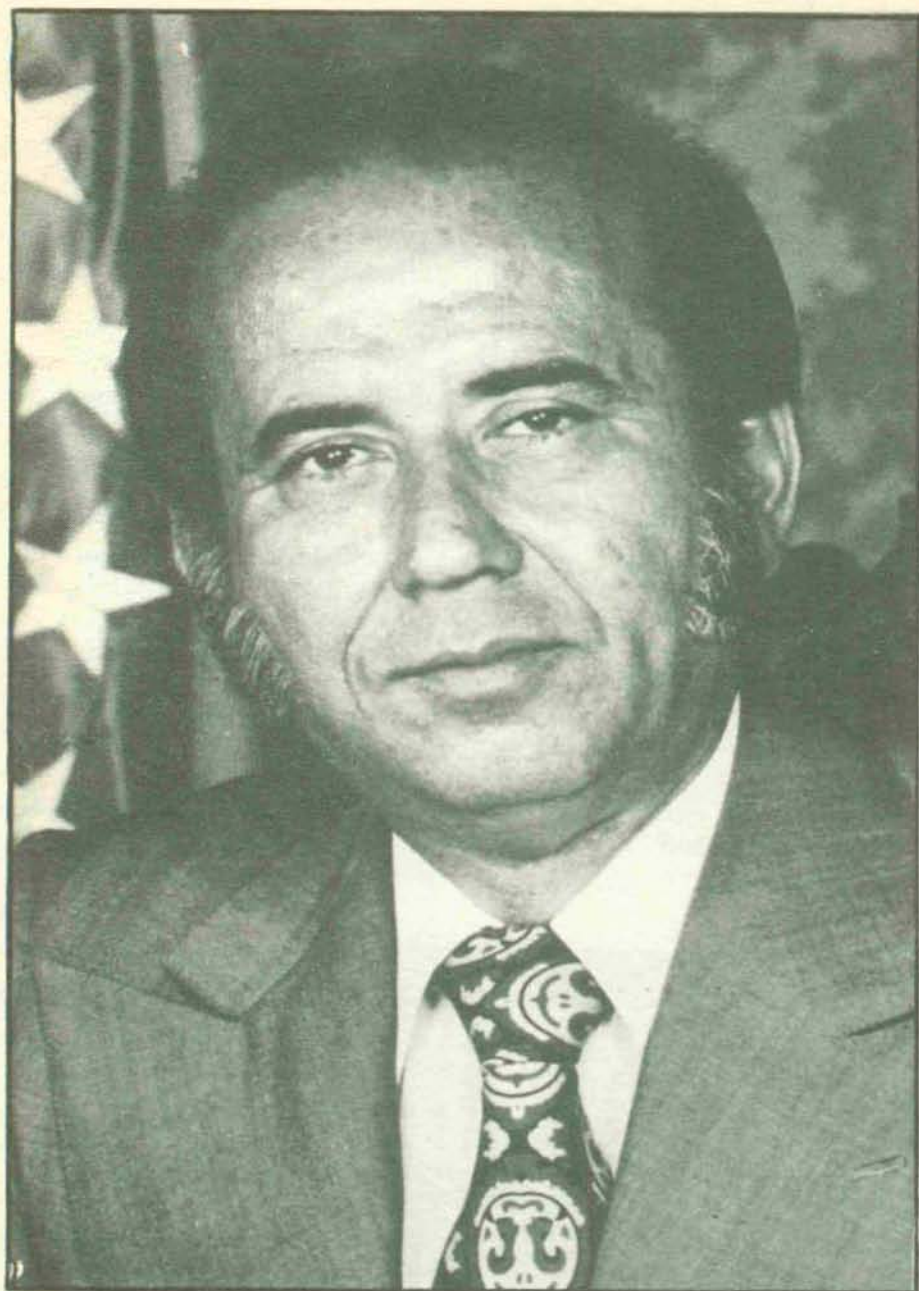
Tampoco salían del país muchas películas hechas en Venezuela. Los gobiernos se iban esforzando constantemente en crear un cine venezolano, sin conseguirlo. Daban subvenciones a empresas constituidas, financiaban ellos mismos producciones que luego prohibían salir de las fronteras en «interés nacional».

Rómulo Gallegos ya estuvo financiado por el Gobierno para crear el cine venezolano. Se



El entonces presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, y el ex mandatario de México, Luis Echeverría Álvarez, en el acto de constitución de una empresa conjunta para la instalación de una planta productora de café soluble, otra de las industrias impulsadas por los gobiernos venezolanos demócratas.





Carlos Andrés Pérez (Rubio, 1922). Presidente de Venezuela de marzo de 1974 a marzo de 1979. Perteneció al partido de Acción Democrática.

trataba de adaptar a la pantalla sus novelas más célebres. «La trepadora», «Doña Bárbara», etc. Pero a Rómulo no le corría prisa. Justificaba la subvención con documentales sobre la obra del Gobierno... Aquello costaba poco y amparaba mucho.

Cuando se han hecho películas buenas en Venezuela ha sido llevando de México artistas y técnicos. Por más que se esforzaron no pudieron crearlos en el país, por falta de orientación directiva y sobre de apetitos en los que administraron para tal fin el dinero estatal.

Llevar equipos, técnicos y actores de México siempre costaba muy caro. Todo el mundo se suele aprovechar cuando paga un gobierno y más si éste es de la solvencia y potencia del venezolano. Pero en realidad, aquellas películas hechas con gente extranjera en Venezuela no eran, por tanto, propiamente venezolanas, no caracterizaban un estilo cinematográfico venezolano, que era lo importante. Ha sido una lástima.

La mejor película en Venezuela con capital venezolano fue sin duda «La balandra Isabel llegó esta tarde». Pero tan-

to el director como el actor protagonista —Arturo de Córdoba— eran mexicanos.

Todo ello no quiere decir que no hubiera afición al trabajo cinematográfico en el país. Sería el único del mundo en que no lo hubiera. Pero los que tenían una responsabilidad financiera y artística no supieron o no quisieron crear la industria cinematográfica venezolana, que hubiera competido firmemente con la mexicana, la argentina y la española. Los estudios Avila, en las afueras de Caracas, estuvieron dotados durante mucho tiempo, de material moderno, como el más moderno y capaz de Hollywood; pero nadie lo utilizó en bien de una producción nacional.

Hubiera sido una de las industrias más florecientes del país, si se tiene en cuenta que en México ha constituido la tercera en potencialidad, y se ha nutrido principalmente de los ingresos obtenidos en Venezuela, hasta el punto de que los productores aztecas consultaban con los distribuidores venezolanos qué estrellas eran más taquilleras en el país del bolívar, antes de comenzar su plan de producción. Es más: los distribuidores venezolanos financiaban a los productores mexicanos para que hicieran las películas al gusto del público de Venezuela, que es el que más le convenía a la industria mexicana. Un distribuidor venezolano, Plaza Izquierdo, producía directamente en los estudios de México para el público de su país.

Había estrellas de cine mexicano que no respondían a las exigencias de la taquilla en México, y en cambio sugestionaban a los públicos de Venezuela, por lo que estaban colocadas en un primer plano de cotización. Era el caso del desaparecido Tin-Tan y de María Antonieta Pons, la mejor bailarina de ritmos afroantillanos, cubana de nacimiento.

## Los males físicos

El gobierno Betancourt emprendió una campaña de sanidad, seguida por el siguiente, para erradicar de todo el territorio el paludismo. Gracias a ellos, en 1965 había casi desaparecido la enfermedad, hasta el punto de que pasó a ser la sexta en orden a la mortalidad de la población. Hace 38 años era la primera. La gente comenzó a morir en Venezuela por otras enfermedades que podríamos clasificar por este orden: Diarreas y enteritis, peculiares de la infancia; corazon, cáncer y tuberculosis.

Las campañas contra las enfermedades endémicas fueron bien dirigidas, consiguiéndose progresos definitivos en el ramo asistencial. Asombró comprobar la desaparición total de la viruela en el año 1965, que a la altura de 1947 registraba alrededor de 7.500 casos anuales.

## La frontera indefinida

Cuando a uno le entraban ganas de adentrarse en la selva o en el llano por carreteras que se iban construyendo, la gente del país te disuadía, previniéndote de los mosquitos de algunos lugares:

—Te pica por la mañana y por la noche ya tienes velas.

Peor que la bomba de neutrones.

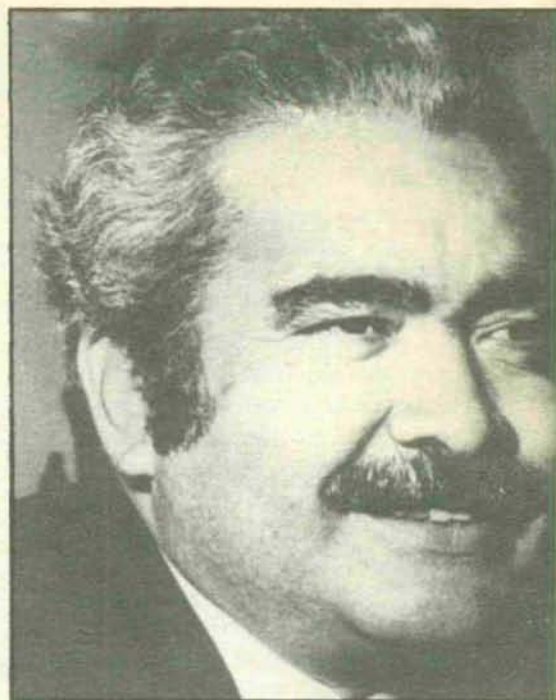
Claro que se podía uno saltar el llano y algunas regiones selváticas haciendo el viaje en avión. Pero el llano y la selva nos sugestionaban. Nos invitaban a correr el peligro morboso del mosquito que mata en 12 horas o el alacrán, menos peligroso por su lentitud si no por su veneno. Nos incitaban a llegar a esa frontera indelimitada en su mayor parte que une hipotéticamente Venezuela con el Brasil.

Nos asustaban asimismo en posibles encuentros con gambusinos, con fugados de los presidios de las Guayanas, que solían vivir congregados en clanes defensivos tanto de los hombres como de las fieras. A sus campamentos se acercaban expediciones organizadas con valor y clandestinidad, los más importantes joyeros de Europa —de Madrid, de París— a cambiarles por oro y piedras preciosas la menor cantidad de dólares, o víveres solamente. Los expedicionarios eran clientes ya conocidos que llegaban hasta allí a través de las brechas selváticas, guiados por los expertos, esos agentes de enlace que recibían su comisión de una y otra parte, y ayudaban incluso a sacar de contrabando la mercancía por las fronteras oficiales venezolanas.

Pero las indeterminadas fronteras entre Venezuela y Brasil nos merecieron atención especial. Una atención que el Gobierno tenía confiada desde hacía muchos años al capitán Cardona, eminente cartógrafo catalán al que se le rendía una especie de culto como si fuera un dios único de la técnica catastral.

Cardona poseía en Caracas una residencia fastuosa llena de objetos interesantes y valiosos encontrados en las tierras vírgenes, en los bosques y los ríos desconocidos, por los que se aventuraba cuando le venía en gana, al cabo de seis u ocho meses de descanso en aquella casa servida por criados indios reverenciosos y humildes, arrebatados a la selva. El Gobierno le pagaba espléndidamente sus servicios y le ponía a su disposición todos los elementos expedicionarios que pedía, cuando agotaba la pereza, o el aburrimiento del bosque de asfalto lo empujaba hacia él de árboles y lianas.

Poco a poco Cardona, con la ayuda de sus mapas y sus cálculos geográficos iba delimitando la frontera. Un trozo en cada salida, que duraba varios meses. ¿Acabaría al fin?



Luis Herrera Campins. Actual presidente de Venezuela (desde marzo de 1979). Perteneció al partido cristiano-demócrata «Copei».

## La agricultura. El caballo. Los trabajadores

Si el petróleo era la industria básica del país, la agricultura estaba en el segundo plano inmediato. En la década anterior a la actual empleaba el 62 por ciento de la fuerza del trabajo y producía la cuarta parte de los ingresos nacionales. Con gran rapidez se operó el proceso de industrialización agrícola como consecuencia cuantitativa y cualitativa de la demanda de productos alimenticios y materias primas. Dejaron de pudrirse estupendos naranjales a 50 kilómetros de Caracas, por falta de medios de comunicación.

Del Ministerio de Agricultura y Cría, dependía entre otros organismos el Hipódromo Nacional. Es decir, el caballo constituía una preocupación del Estado, entraba en ese importante sector de la ganadería tan valioso a todos los países. Pero así como en los demás tiene un valor secundario comparado con el elemento bovino y porcino, en Venezuela el caballo estaba equiparado a ellos, y no como artículo de la

Vista parcial del lago de Maracaibo, una de las mayores explotaciones petrolíferas del mundo y, actualmente, base de la economía de Venezuela.

cabana sino como de lujo, que el país cultivaba y exhibía con orgullo.

Ya en los años a que me estoy refiriendo, los trabajadores podían desfilarse en manifestación cívica, con los «slogans» más libres de expresión en apoyo de la conquista de sus objetivos políticos, uno de los cuales era la independencia y la liberación del subdesarrollo.

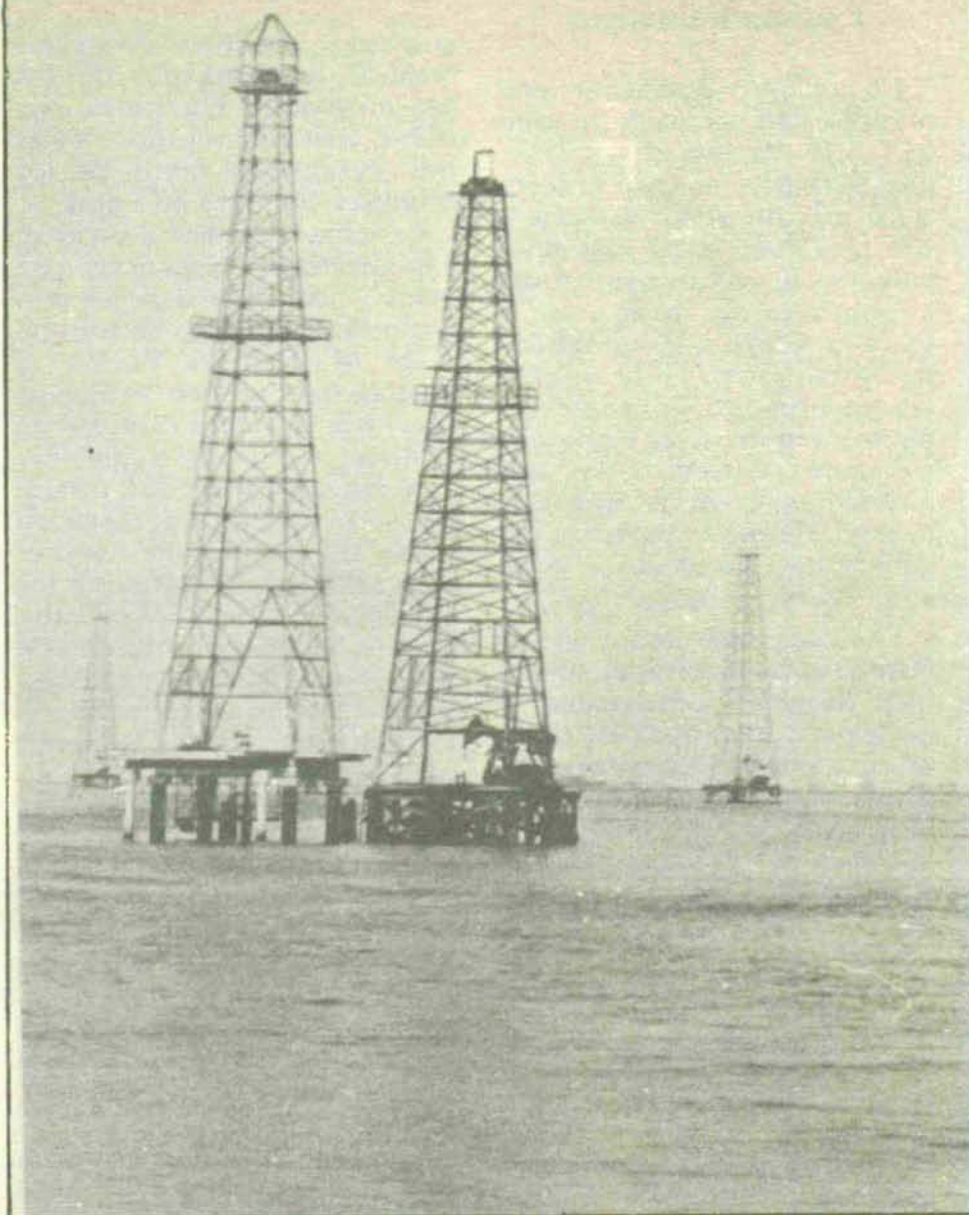
El sindicalismo se desarrolló con mayor vigor que en la mayoría de los países hermanos. Existía en el país una muy numerosa cantidad de sindicatos con un millón de obreros, campesinos y empleados.

La Confederación de Trabajadores (CTV), controlaba casi toda esta masa propulsora de la democratización. El resto militaba en las filas de algunas otras organizaciones disidentes como la Confederación Unitaria de Trabajadores Venezolanos (CUTV), escisión de la anterior. Las disidencias eran pequeñas, no dañaban la homogeneidad de un movimiento que se podía calificar de extraordinario en Iberoamérica, ya que el pertenecer a una u otra organización no cambiaba la ideología.

Fue en la época de Gómez, y a raíz de aquella trágica anécdota de la comisión de trabajadores que entró y no salió del palacio presidencial, cuando comenzó la clandestinidad de asociación laboral. Se constituyeron varias agrupaciones: una de zapateros, otra de tranviarios y otra de petroleros.

Aquellos tiempos están marcados con la sangre del sindicalismo venezolano. ¡Cuántos obreros perdieron la vida en el nuevo deseo de organizarse socialmente!

Sueltas las cadenas, el espíritu del pueblo comenzó a educarse políticamente en una ética auténticamente democrática.



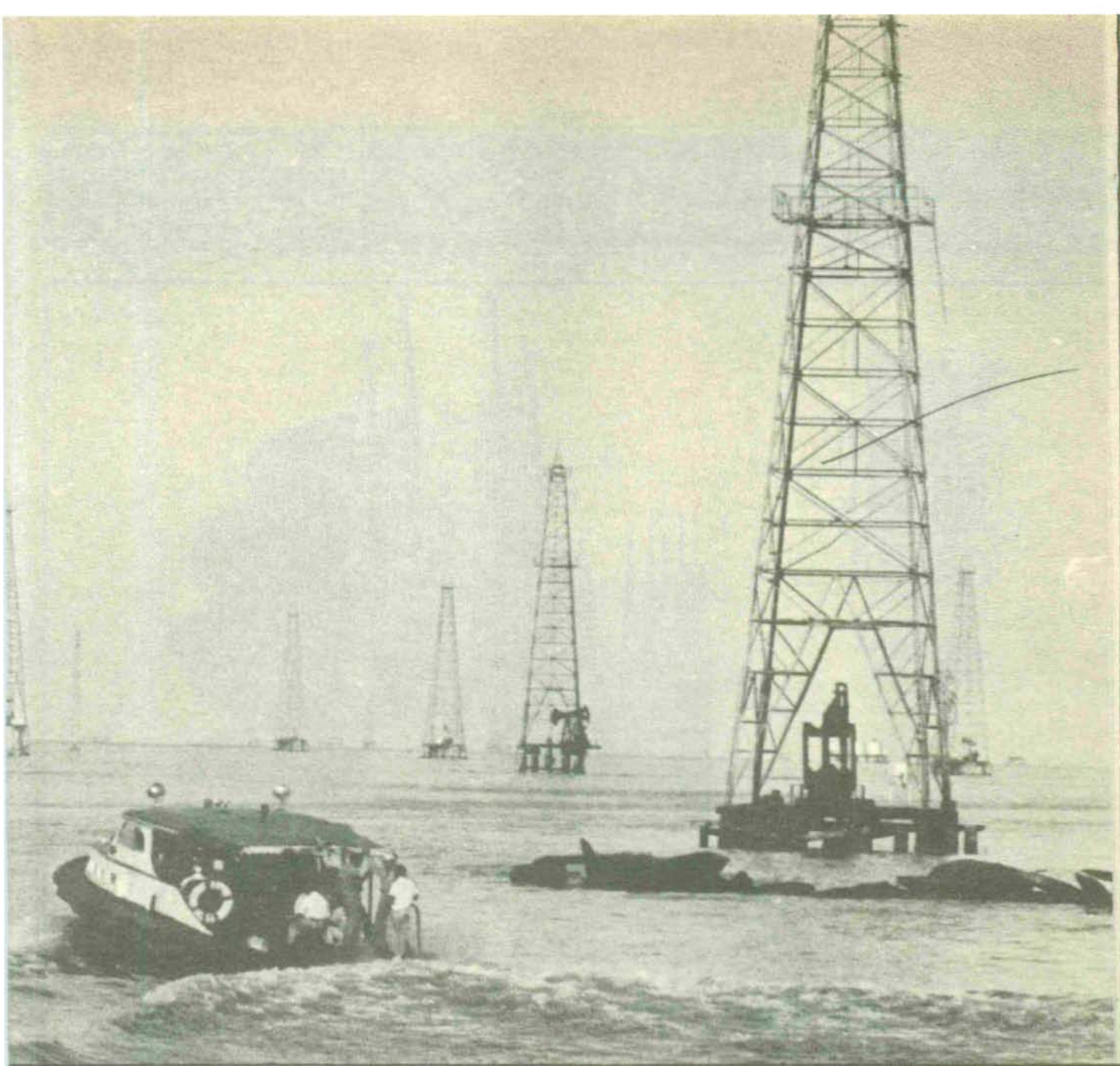
ca. El año 36 fue decisivo para el proletariado venezolano, que amparado en los elementos intelectuales, pudo al fin de sesenta años de dictadura promover una huelga general de tipo político pidiendo el verdadero establecimiento de un régimen de libertad sin resabios gomecistas. Fue entonces cuando se constituyeron la Asociación Nacional de Empleados y la Confederación de Trabajadores de Venezuela.

### Venezuela y Santo Domingo

Venezuela y Santo Domingo comenzaron en aquel tiempo

una rivalidad política basada en el distanciamiento de sus regímenes respectivos. A Trujillo no le convenía nada una democracia frente a él, en la otra orilla del Caribe.

Los estudiantes y los obreros jóvenes que iban formándose una mentalidad democrática, fueron quienes desembocaron luego en ese sentimiento sinceramente defensor de la libre determinación de los pueblos de América, y que se manifestó en la encrucijada dominicana. ¡Quién le iba a decir a aquel pueblo mártir, enseñado a odiar a los venezolanos, que iban a ser éstos los que habían de salir en su defensa, como se sale ante un hermano atropellado!



El presidente Raúl Leoni se alarmó ante la ocupación americana de Santo Domingo. Era como si hubiera puesto a remojar sus barbas viendo pelar las del vecino.

Por eso fue el primero en poner de manifiesto la protesta.

### La generación de Andrés Eloy

Este año se cumplen 23 de la muerte de Andrés Eloy Blanco. Muerto en el exilio, como Moratín, porque también «de su patria no quedaban más que las paredes». Su revelación había comenzado en 1916 con «El canto de la espiga y del

arado», que le valió ganar los Juegos Florales de Caracas. Luego fue a España, trató a Unamuno, quien le ensalzaba con entusiasmo. El Certamen Hispanoamericano de Poesía en Santander, lo ganó asimismo con un magnífico «Canto a España».

Alegre maestro de todos los políticos que vinieron después, políticos demócratas como Gonzalo Barrios, hoy presidente del Congreso, Juan Pablo Pérez Alfonso y muchos otros —por no hacer una gran lista— que formaban la vanguardia en la guerra por el liberalismo.

He nombrado a Juan Pablo Pérez Alfonso, y no quiero cerrar este caleidoscopio sin ren-

dir un homenaje a su sabiduría en el dominio más importante de la alcancía venezolana: el petróleo.

Este buen economista ex ministro de Minas e Hidrocarburos, continuó sirviendo al Gobierno como técnico y más tarde demostró a base de datos estadísticos muy completos que la «dinámica del petróleo» hizo crecer el sector no petrolero de la economía nacional hasta superar el rendimiento de aquél en los últimos veinte años, o sea desde la caída de la dictadura perezjimenista.

La producción nacional ya no se limitó sólo al petróleo. Un equilibrio industrial se hizo patente por el esfuerzo de todos. ■ C.S.